

CUESTIONES SOCIO-JURÍDICAS EN TORNO  
A LA SOCIEDAD DEL RIESGO.  
LA «SEGURIDAD» DE LA INCERTIDUMBRE  
*CRASH* (PAUL HAGGIS, 2004)

**Raúl Susín Betrán**  
*Universidad de La Rioja*

«Es la sensación de contacto. En cualquier ciudad por donde camines, ¿comprendes?, pasas muy cerca de la gente y ésta tropieza contigo. En Los Ángeles nadie te toca. Estamos siempre tras este metal y cristal; y añoramos tanto ese contacto que chocamos contra otros sólo para poder sentir algo» (Graham Waters al inicio de *Crash*)

## 1. PRESENTACIÓN

Una de las acepciones que recoge el María Moliner en torno al término riesgo se refiere a la «posibilidad de que ocurra una desgracia o un contratiempo». En ese caso, *Crash*, película coral fechada en 2004, dirigida por Paul Haggis y reconocida con el Óscar a la mejor película en 2005, representa una correcta definición de esa acepción de riesgo.

El comienzo de la película es un choque en la autopista con el telón de fondo de una ciudad en la que la incertidumbre alcanza a la meteorología; ¿cuántas veces nieva en Los Ángeles? O tal vez no sea nieve. En realidad, este «crash» inicial no es sino uno más de los múltiples choques con los que se construye esta película y a través de los cuales y de las historias de vidas cruzadas que nos encontramos se presenta un relato en el que los personajes van entrando y saliendo, se van encontrando con sus miedos e incertidumbres, y van dibujando los trazos de lo que podemos entender como la sociedad del riesgo; con su complejidad, sus procesos

de individualización, sus miedos e inseguridades, sus miserias y sus necesidades del otro. Y todo en 36 horas. Un tiempo que precisamente por lo breve sirve como metáfora de la rapidez y complejidad de los cambios hoy; o mejor, de la ausencia de control que tenemos las personas sobre nuestra existencia en las sociedades actuales. En definitiva, y como decimos, la película nos puede servir para iniciar la discusión sobre la sociedad del riesgo, pues en ella se recogen algunas de las cuestiones que resultan claves para comprender el significado de la misma, individualización, complejidad, incertidumbre, ausencia de control, miedo...

## 2. VIDAS CRUZADAS. DE LA COMPLEJIDAD DEL RELATO A LA COMPLEJIDAD DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO

Pero vayamos por partes. En primer lugar, merece la pena hablar del hecho de que sea una película de vidas cruzadas<sup>1</sup>. Como decimos, esta elección ya pone de manifiesto que se intenta transmitir una cierta sensación de complejidad. En realidad, algo más que una sensación, hasta el punto de que con un poco de perspectiva nos pueden resultar excesivas las relaciones y situaciones que se vinculan y entrecruzan en un margen de tiempo tan pequeño, 36 horas.

En cualquier caso, al ver la película nos encontramos ante un complejo ejercicio de interconexiones que más o menos sería: una pareja de jóvenes delincuentes afroamericanos roba con violencia el coche a un fiscal quien, a su vez, establece relación con un par de policías, de los cuales uno de ellos es hermano de uno de los anteriores atracadores que acaba en una morgue donde una de los responsables es la hija de un comerciante iraní que ha sido atracado en varias ocasiones y culpa de sus problemas a un cerrajero hispano, el cual cambió la cerradura de la casa del fiscal y sufrió una paranoia de miedo y racismo de la mujer de éste. Sin olvidar que a partir del robo inicial se da una señal de alarma en la policía buscando un tipo de coche que coincide con otro en el que van una pareja de afroamericanos de clase media-alta; éstos son parados por una patrulla de policía, de los cuales, uno de ellos, es un buen ejemplo de acumulación de malestar y se dejará llevar también por una cierta actitud racista, aunque será precisamente en este personaje en quien veremos de forma más clara cómo se borran los trazos que definen a alguien como bueno o malo.

---

1. No son escasas las películas que utilizan esta técnica narrativa en la que se entrecruzan distintas historias. Entre ellas, por ejemplo, también tocan temas conectados con los de *Crash*, la incomunicación, la soledad, el miedo, la llamada, precisamente, *Vidas cruzadas* de Robert Altman (1993); y *Magnolia* (1999), dirigida por Paul Thomas Anderson. Pero, sobre todo, creo que aquí merece al menos recordar la dirigida por Alejandro González Iñárritu, *Amores Perros* (1999), y la trilogía que comienza con ella y se completa con *21 gramos* (2003) y *Babel* (2006).

Pero, pese a lo que pueda parecer de una primera lectura, más allá de una lectura maniquea, queremos decir con esto último que en los personajes de la película encontramos una cierta compensación de valores, incluso dentro del mismo personaje. Como se pone de manifiesto en el sargento Jack Ryan (Matt Dillon), quien en el mismo y breve espacio de tiempo actúa de forma racista en varias ocasiones, a la vez que también arriesga su vida para salvar a una de las personas a las que ha humillado previamente; en el comportamiento de Jean Cabot (Sandra Bullock), de paranoia racista a hablarle a la mujer hispana que trabaja para ella de empleada de hogar como su única amiga; en Anthony (Chris «Ludacris» Bridges), quien tras varias discusiones con su compañero Peter (Larenz Tate), donde también se puede leer el racismo y la paranoia hacia el otro, esta vez desde el lado afroamericano, acaba renunciando a una cantidad de dinero por comerciar con la vida de unos «esclavos modernos» orientales y tras liberarlos les da dinero para que se compren comida, aunque, ciertamente, la liberación no sea sino «arrojarlos» a las calles de Los Ángeles, precisamente en un momento, al final de la película, inmediatamente anterior a un nuevo choque de vehículos que parece que alimenta el ciclo.

O pensando al contrario, también podemos ver esta condición de «bondad» y «maldad» que se junta en el personaje del policía que hace patrulla con el sargento Ryan, el agente Hansen (Ryan Philippe). Éste primero se nos presenta como una especie de garantía para los ciudadanos de que la policía no comete abusos de autoridad; luego, como un tibio policía que no quiere complicarse la vida y no decide denunciar las acciones arbitrarias y racistas de su compañero; y, finalmente, como un sujeto desconfiado que, atrapado en la misma paranoia del miedo y de rechazo del otro que venía en cierta manera a denunciar de su compañero, acaba mostrando las mismas miserias que los demás con los peores efectos: matando a un afroamericano, el hermano del detective Graham Waters (Don Cheadle), y ocultando las pruebas, construyendo una verdad a su medida, desresponsabilizándose ante la abrumadora necesidad de tener que tomar constantes decisiones que le superan en su capacidad de control.

En cualquier caso, y al margen de que quizás haya una excesiva densidad de relaciones vinculadas unas con otras para el período de tiempo en el que transcurre la acción, con lo anterior, que sólo recoge algunas de las relaciones que tejen la película, queremos advertir que el motor de la trama, con el refuerzo que entiendo puede suponer el uso de la técnica del *flash-back*, pasa por una serie de historias que se cruzan, que chocan entre sí; de la misma forma que la película se abre y se cierra con dos choques que disparan nuevas relaciones. En lo que ahora nos interesa, en primer lugar, es a través de esta técnica narrativa de vinculación y entrecruzamiento donde podemos ver el reflejo de la dinámica social y política de conflicto y cambio que supone el contexto de la sociedad del riesgo. En este sentido, conviene acudir a Ulrich Beck quien advierte del trási-

to de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo y de las consecuencias que esto tiene más allá de cuestiones que identificamos con el desarrollo y maduración de la sociedad industrial; esto es, con las cuestiones referidas al desarrollo industrial, tecnológico, a aspectos vinculados con la química, la biología, la farmacología, cuestiones medioambientales, financieras,...

Así, con Beck conocemos que es la propia sociedad industrial la que produce *sistemáticamente* su propia amenaza y debilidad estructural en la potenciación y explotación económica de los riesgos que son, o *se perciben*, cada vez más visibles; y también, que la sociedad del riesgo muestra un indudable potencial político y social que tiene que ver con que los conflictos sobre la distribución de los «males» se superpongan a los de la distribución de los «bienes» que habían dominado en la sociedad industrial. Pero además con Beck llegamos a que la dinámica del proceso de modernización es la que ha provocado que en la gestión de los riesgos se nos exijan unas nuevas capacidades que guardan relación con la necesidad de dominar el miedo, de convivir con él sin contar con las instituciones que como la clase, la familia o el trabajo, tradicionalmente nos habían servido para aportar seguridad<sup>2</sup>.

Precisamente es en esto último, en las afecciones internas de la sociedad industrial, en los cambios estructurales que tienen lugar en la modernidad, donde podemos encontrar una cuestión clave para comprender qué queremos decir cuando hablamos de sociedad del riesgo. «Una fase del desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, ecológicos e individuales creados por el impulso de innovación eluden cada vez más el control y las instituciones protectoras de la sociedad industrial» (Beck 2002: 113).

En realidad, y como recoge Beck en distintos trabajos<sup>3</sup>, habría que hacer una diferenciación de etapas al hablar de este tránsito de la obsolescencia de la sociedad industrial a la aparición de la sociedad del riesgo. Es decir, en esta nueva fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que, como acabamos de apuntar, se pone de manifiesto la incapacidad de las instituciones de la sociedad industrial para controlar y protegernos de los riesgos, nos encontramos con un primer estadio en el que «los efectos y autoamenazas son producidos de forma sistemática, pero no se convierten en temas de debate público o en el centro de los con-

---

2. «Formas tradicionales e institucionales de la dominación del miedo y de la inseguridad en la familia, en el matrimonio, en los roles sexuales, en la conciencia de clase y en los partidos e instituciones referidos a ella pierden significado. En la misma medida se exige a los sujetos que dominen el miedo. (...) En la sociedad del riesgo el trato con el miedo y con la inseguridad se convierten biográfica y políticamente en una cualificación civilizatoria clave, y la formación de las capacidades relativas a ello se convierte en una tarea esencial de las instituciones pedagógicas» (Beck 1998: 85; y también: 199-200).

3. Vid. por ejemplo, Beck (1997: 17 y ss.; 1998: 32 y ss.; y 2002: 113 y ss.).

flictos políticos». Así, en esta primera fase la sociedad industrial no es ajena a amenazas y peligros fruto de sus decisiones, pero éstas vienen a ser consideradas todavía como «riesgos residuales». Posteriormente, en una segunda fase, y vinculado a que la sociedad industrial y sus instituciones se muestran incapaces para controlar unos peligros que producen y legitiman, éstos adquieren una centralidad, dominan el debate y conflictos públicos, y como viene a indicar Beck en el prólogo de *La sociedad del riesgo*, se desprenden del velo de latencia que les acompañaba, adquiriendo un nuevo y central significado en las discusiones sociales y políticas (Beck 1998: 19)<sup>4</sup>. De esta forma, y como también recoge Beck: «El concepto de sociedad del riesgo designa una fase de la modernidad en la que las amenazas que ha ido produciendo el desarrollo de la sociedad industrial empiezan a predominar» (Beck 1997: 19).

Además, conviene de igual modo saber que en la salida de la fase de latencia, en el momento en que los peligros invisibles se vuelven visibles, cuando ya no queda claro cuál es el problema, si los riesgos en sí o la percepción de los mismos y ambas cuestiones «convergen, se condicionan y se fortalecen mutuamente», nos encontramos con que la afectación de la sociedad del riesgo supone una forma de *depauperación* distinta de la material, que se traduce en los peligros y amenazas que crea, y de los que se nutre, la misma sociedad industrial. Esto es, la pérdida de la latencia saca a la luz algo más que posibilidades amenazantes, y, como en los continuos pasajes que vemos en *Crash*, «el encantamiento de la invisibilidad del riesgo puede romperse (...) a través de la experiencia personal»<sup>5</sup>. En definitiva, son constantes encuentros, choques entre personas y situaciones y, sobre todo, comportamientos racistas que afectan a los personajes, lo que hace que desde situaciones donde se ha superado la preocupación por la miseria material exista una *depauperación* en forma de conciencia de amenazas de nuestras formas de vida. Qué si no explica el malestar de, por ejemplo, el personaje de Sandra Bullock, Jean Cabot; o, en el mismo sentido, la impotencia y el des-

4. Más adelante, podemos leer sobre la visibilidad que se produce en este final de la fase de latencia: «El *final de la latencia* tiene dos caras: el riesgo mismo y su *percepción (pública)*. Nunca queda claro si los riesgos se han intensificado o nuestra visión sobre ellos. Ambos aspectos convergen, se condicionan y se fortalecen mutuamente y, porque los riesgos son riesgos *en el conocimiento*, los riesgos y su percepción no son dos caras diferentes sino una y una misma cosa» (Beck 1998: 62).

5. Cfr. (Beck 1998: 57-64). Como se desarrolla en las páginas citadas, en la sociedad del riesgo se revoluciona nuestra relación con las necesidades; ya no ocurre como con las necesidades materiales en las que es posible su satisfacción. Ahora, con la visibilización de los riesgos, se trata de comprender que «la sociedad industrial (...) produce *sistemáticamente* su propia amenaza y su propia debilidad estructural a través de la potenciación y la explotación económica de los riesgos. (...) la sociedad industrial se 'nutre' desde los propios riesgos que produce, creando de este modo situaciones de peligro social y peligros políticos potenciales que cuestionan las bases de la modernización conocidas hasta ahora».

concierto de la pareja que forman el exitoso realizador de televisión Cameron Thayer (Terrence Dashon Howard) y Christine (Thandie Newton).

Como también acierta a recoger el citado Beck, lo que ha ocurrido en esta segunda fase es que «ciertas características de la sociedad industrial se hacen social y políticamente problemáticas. Por una parte, la sociedad sigue tomando decisiones y emprendiendo actuaciones según las pautas de la antigua sociedad industrial, pero, por otra, los debates y conflictos que se derivan del dinamismo de la sociedad del riesgo se ciernen sobre las organizaciones de intereses, el sistema judicial y la política» (Beck 1997: 18). Así, podemos concluir con Beck que «vivimos en un mundo diferente del mundo en el que pensamos» (Beck 1999: 54).

### 3. LA SOCIEDAD DEL RIESGO COMO TIEMPO DE INCERTIDUMBRES Y AMBIVALENCIAS

Al hilo de todo esto, y con la idea de dar herramientas para comprender este tránsito dentro de la propia modernidad, se introduce el concepto de «modernidad reflexiva». Con él se hace referencia no a la idea de *reflexión*, como podría parecer, sino al proceso de *autoconfrontación* que tiene lugar en el tránsito del período industrial de la modernidad al período de riesgo; y que se materializa en que los procesos de modernización conllevan una dinámica generadora de unos efectos y amenazas que socavan los fundamentos de la sociedad industrial, provocando que hablar de sociedad del riesgo alcance a significar, más allá del reparo de riesgos y amenazas, que también, un proceso de contradicciones que afecta al desmoronamiento del sistema intrasocial propio de la sociedad industrial.

De esta forma, Beck se refiere a la «segunda modernidad», la «reflexiva», para hacer alusión a un proceso que, como indicábamos más arriba, además de hacer que se superpongan los conflictos clásicos de la sociedad industrial sobre la distribución de los «bienes» a aquéllos sobre la distribución de los «males», ya no conlleva la racionalización de la tradición, dando paso a la «sociedad industrial», «primera modernidad»; sino que ahora se trataría de un proceso que tiene lugar sin desearlo, «como consecuencia del dinamismo autonomizado de la modernización, siguiendo la pauta de los efectos colaterales latentes». De donde sigue: «La sociedad del riesgo no es una opción que se pueda elegir o rechazar en el curso de disputas políticas. Surge como continuación de procesos de modernización autonomizados que son ciegos y sordos a sus propios efectos y amenazas. De forma acumulativa y latente, estos procesos producen amenazas que cuestionan y, finalmente, destruyen los fundamentos de la sociedad industrial» (Beck 1997: 18-19; y 2002: 114-6)<sup>6</sup>.

---

6. Sobre esta «modernización reflexiva» dice Beck que supone: «Una *radicalización* de la modernidad, que *disuelve* las premisas y contornos de la *sociedad industrial* y abre camino a otras modernidades -o *contramodernidades*-. Se trata, pues, de un proceso de auto-destrucción creativa, en el que el sujeto que va a producir las nuevas formas sociales no es ni la revo-

De este modo, si la «primera modernidad» podía ser definida por la existencia de lo colectivo, por una situación de pleno empleo, por la soberanía del Estado nación o, entre otras cosas, por la garantía de un cierto nivel de seguridad a través del modelo del Estado del bienestar; hoy nos encontraríamos con una *segunda* modernidad, la «modernidad reflexiva», definida por la individualización, el retroceso del trabajo asalariado y la generalización de la precariedad social y laboral, la globalización, la crisis ecológica y la revolución sexual. Se trataría, de este modo, de un contexto que determinaría el cuestionamiento y transformación de los paradigmas sobre los que se sustentó en su día la «primera modernidad», y con ella las estructuras institucionales y el modelo político-social consolidado tras la II Guerra Mundial; abriéndose paso a un nuevo marco, el de la «modernidad reflexiva», el de las inseguridades, las incertidumbres y los riesgos propios de la liberación que han venido a sustituir a las ataduras, o vínculos, según se prefiera, que significaban el Estado nacional y asistencial (Beck 2000: 24 y ss.).

Este paradigma societal que refleja *Crash* pone sobre la mesa algunos de los peligros y riesgos presentes en el debate; pero, sobre todo, revela el elemento diferenciador de esta sociedad con la industrial, la cual, por otra parte, tampoco se encontraba exenta de situaciones que amenazaban su seguridad<sup>7</sup>. Esto es, en lo que ahora nos interesa, merece la pena destacar cómo en *Crash* se recoge la combinación de los riesgos, amenazas y peligros con la creciente dinámica de incertidumbre y de falta de asegurabilidad<sup>8</sup>. A la pregunta que lanza el propio Beck de «¿Cómo puede ser precisada la diferencia de época que distingue los riesgos de la sociedad industrial de los peligros y exigencias de la sociedad del riesgo?»; él contesta a continuación: «Es posible establecer analíticamente este corte diciendo que la sociedad del riesgo comienza allí donde *falla la seguridad prometida en los sistemas de normas sociales en relación con los peligros desatados por las decisiones*» (Beck 1999: 36).

Es decir, las incertidumbres de la sociedad del riesgo, los peligros y consecuencias de las decisiones y los acontecimientos que casi *atropellan* a los perso-

---

lución ni una fase de crisis, sino la victoria de la propia modernización occidental impulsada por su dinamismo inherente. Con todo, y como viene a resumir el mismo Beck, el proceso de «modernización reflexiva» dispone de la suficiente fuerza significativa como para poder decirse de ella que significa «una modernización *potenciada* con un alcance capaz de *modificar la sociedad*» (Beck 1999: 51-61).

7. En este punto pueden resultar de interés los comentarios que en torno a la pregunta sobre la *atemporalidad* de los riesgos encontramos en Beck (2002: 75-7).

8. «La noción de riesgo es inseparable de las ideas de probabilidad e incertidumbre» (Giddens 2000: 33-48); y esas mismas páginas también nos puede interesar que, tras reconocer que «la idea de riesgo siempre ha estado relacionada con la modernidad», se afirma su «nueva y peculiar importancia», y se diferencia entre el riesgo *externo*, el que proviene del exterior, y el más actual *manufacturado*, el «creado por el impacto de nuestro conocimiento creciente sobre el mundo».

najes de *Crash*, llevan en sí una incapacidad absoluta de ser sometidos a control total. Son ciertamente, como en la sociedad industrial, fruto de decisiones de la propia sociedad, pero ahora han perdido cualquier opción de ser asegurados y controlados. Así, alejados de la posibilidad de autocontrolar con la intervención humana las consecuencias de nuestras mismas decisiones, la cuestión del riesgo, de la sociedad del riesgo, se convierte en una cuestión de poder que nos remite a enfrentarnos a la *incontrolabilidad absoluta*. «Cuanto más perfectamente se incorpora la anticipación de las consecuencias a los sistemas técnicos, más evidente y definitivo es que perdemos el control. Cualquier intento de minimizar o eliminar técnicamente el riesgo multiplica la inseguridad en que sumimos al mundo»; en esta *segunda* modernidad, frente a la *primera*, nos encontramos con que «hagamos lo que hagamos, *esperamos consecuencias inesperadas*» (Beck 2004: 152-9).

En este sentido, si en Beck leemos referencias a los megapeligros nucleares, químicos, genéticos o ecológicos, en *Crash* nos encontramos con una complejidad societal que hace válida la sentencia de que «*la sociedad del riesgo residual se ha convertido en una sociedad no asegurada*, en la que, de forma paradójica, la protección disminuye a medida que aumenta el peligro» (Beck 2002: 83). Y ante este panorama, la única opción posible, la única forma de alcanzar la deseada estabilidad que permita que sigamos viviendo en nuestra vulnerabilidad no es sino otra que *negar los peligros*. O como también dice Beck, a continuación de lo citado, «por consiguiente, la estabilidad política en las sociedades del riesgo es la estabilidad de no pensar las cosas».

En relación con esto, en *Crash* encontramos una cierta similitud en aquellas situaciones en las que no resulta posible pensar soluciones inequívocas; situaciones en las que se ha instalado la ambigüedad y la ambivalencia. Por ejemplo, en las imágenes que vemos al inicio y al final en las que parece que está nevando, e incluso se nos lleva hacia esa creencia con el mensaje de que hace frío y de que los partes meteorológicos dan posibilidad de nevada en Los Ángeles, al tiempo que en un momento de la película esa «nieve» se descubre como las cenizas producto de la quema de un coche; ambigüedad en la actuación de los dos sujetos que acaban de salir del restaurante y hablan sobre prejuicios raciales, sobre cómo una camarera negra les ha tratado de una forma un tanto racista a ellos que, precisamente, son negros, y que, en un alarde de una clásica reivindicación de «ley y orden», resuelven que ir armados les da la posibilidad de superar la incertidumbre, y generarla, asaltando al fiscal y a su mujer y robándoles a punta de pistola el coche; ambigüedad en la actuación del equipo del fiscal y, sobre todo, en el personaje del asistente del fiscal, Jake Flanagan (William Fichtner), y en su conversación con el detective Graham Waters, a quien tratan de captar como inspector jefe del fiscal por su condición de miembro de la comunidad negra, pero ante quien no hay reparos en usar expresiones como «negros de mierda»; o también, por ejemplo, en el papel de Anthony, que pasa de ser un sujeto que, además de

realizar enrevesadas argumentaciones en relación a la situación de marginación de la población afroamericana, y de parecer únicamente preocupado por el dinero, resuelve su papel renunciando a unos dólares por unas personas, un grupo de emigrantes orientales encadenados en el interior de una furgoneta y con los que pretendía traficar otro oriental primero y un occidental después, liberándolos e, incluso, dándoles una pequeña cantidad de dinero.

Ambigüedad, ambivalencia y, sobre todo, desconcierto, que es la sensación que más se repite en los episodios que viven los diferentes personajes: en Farhad (Shaun Toub), el tendero iraní que dispara y que no hiere, que no domina la situación, y no sabe que usa balas de fogueo, no obteniendo el resultado querido, aunque se intuye que éste tampoco hubiera sido el deseado por el personaje, atrapado en un momento de ofuscación; en los personajes que como Jean Cabot se sienten solos en su vulnerabilidad tras el accidente doméstico y, salvando barreras elitistas, recurren al consuelo de sus empleados domésticos; en el de Christine Thayer, que bloquea por el odio ve cómo el sujeto que ha detonado sus problemas, el sargento Jack Ryan, se juega su propia vida para salvarla en el accidente de coche; o en el personaje del agente Hansen, a quien es precisamente el desconcierto, un afroamericano al que le gusta patinar sobre hielo y la música country, y lo inesperado, el intento de sacar algo de la chaqueta que no es sino una representación de un «san Cristóbal», lo que le lleva a la desconfianza fatal. Y también desconcierto, asumido y resignado, pero desconcierto, el que acompaña al detective Graham Waters en su relación con su madre, en su «deslocalización» con su familia, o en el encuentro con el cadáver de su hermano; o, finalmente, en el propio espectador que se encuentra, como ya adelantábamos, ante una película en la que las consecuencias de las acciones de unos personajes no sólo se compensan mutuamente con las de otros, sino que los mismos personajes tienen, tal vez como en la vida misma, luces y sombras que hacen que se presenten al mismo tiempo como víctimas y agresores, merecedores, en un corto espacio de tiempo, de rechazo y compasión.

En cualquier caso, no faltan situaciones en la película que nos remiten a la sociedad del riesgo como un espacio y un tiempo en el que las dicotomías, el bien y el mal, el ser víctima o agresor, ya no pueden ser leídas como categorías excluyentes; sino, más bien, en una paradójica suma de acuerdo con la calidad de la sociedad del riesgo como sociedad con una *naturaleza híbrida*. «Vivimos en la época del y, lo que significa de la ambivalencia» (Beck 1999: 25). Así, esta ambivalencia, esta dualidad de los personajes, la complejidad de los mismos, casa más que correctamente con la idea de una sociedad del riesgo donde lo imprevisible, lo incontrolable, resulta ser la norma. En las lecturas de Beck encontramos referencias de cómo en la sociedad del riesgo, y con el concepto de riesgo, pérdidas o cuando menos debilitadas la referencias fijas, nos vemos

abocados a convivir con una ambivalencia que, en palabras del sociólogo alemán, *destruye distinciones y reconecta antítesis*<sup>9</sup>.

De esta forma, en la sociedad el riesgo no conviene aspirar a encontrarnos que el tratamiento de los problemas y conflictos nos llevará a soluciones regidas por la univocidad y la determinabilidad, al modo de los clásicos problemas de orden; y tampoco conviene confiar en exceso en que el aura matemática de la que se tiende a rodear a los riesgos conseguirá que éstos puedan ser acotados definitivamente, pues no deja de suponer la relación riesgo-matemática un mero juego de probabilidades. «Los riesgos hacen alarde y se jactan de la matemática. Pero se trata siempre de puras probabilidades, que no excluyen nada». Más aún, con los riesgos, como continúa Beck, «se oscurece el horizonte. Pues los riesgos dicen lo que no debe hacerse, pero no lo que hay que hacer. Con ellos dominan los imperativos de evasión. El que imagina el mundo como un riesgo queda, finalmente, imposibilitado de accionar. Con lo cual el punto a destacar aquí consiste en que la expansión y el incremento del intento de control lo convierte en su contrario» (Beck 1999: 43). O como recoge en otra ocasión al hilo de su análisis de *la sociedad del riesgo global*: «La construcción de la seguridad y el control que ha dominado el pensamiento (social) y la acción (política) en la primera modernidad se está haciendo ficticia en la sociedad del riesgo global. Cuanto más intentemos ‘colonizar’ el futuro con la ayuda de la categoría del riesgo, tanto más escapa a nuestro control» (Beck 2002: 221).

Como queda reflejado en la película, de una parte, tenemos un marco, la sociedad del riesgo, que remite a un escenario que alimenta su complejidad creciente en una suma de ambivalencias y que también podemos recoger que no deja de expresarse en el retrato que se realiza de la cohabitación de diversas comunidades en Los Ángeles; y, de otra parte, llegamos a plantearnos la ilusión de que podremos reconducir toda esa cuestión de complejidad, leyéndola básicamente como problema de orden, hacia claves de control tradicionales, olvidándonos, o queriéndonos olvidar un tanto tramposamente, de que, en palabras también de Beck, la incertidumbre se ha convertido en *un tipo de experiencia básica* (Beck 1999: 47). De esta forma, estaríamos en una época de nuevas incertidumbres, las «incertidumbres fabricadas» a las que se refiere Beck, con Giddens, y que servirían para dibujar el perfil de unas nuevas condiciones en las que «muchos intentos de limitar y controlar los riesgos se convierten en una amplificación de las incertidumbres y los peligros» (Beck 2002: 222).

Así, en un intento de presentar agrupados sus elementos para «una teoría de la sociedad del riesgo», continúa Beck afirmando que el concepto contemporá-

---

9. Véanse, en este sentido, los pares que se presentan en los «elementos de una teoría de la sociedad del riesgo» y con los que el sociólogo alemán intenta agrupar sus argumentos para explicar «el concepto de (sociedad del) riesgo (global)»; Beck (2002: 214-34).

neo de riesgo asociado a la sociedad del riesgo y a la citada *incertidumbre fabricada* o *manufacturada* «se refiere a una peculiar *síntesis de conocimiento y desconocimiento*». Para desde allí recoger una doble referencia, siempre generadora de riesgos, en relación a la «incertidumbre fabricada». De un lado, el mayor y mejor conocimiento que dispara la complejidad y en ella la posibilidad de *conocer* nuevos riesgos. Y, del lado contrario, la lectura que se realiza del desconocimiento como fuente de riesgos; esto es, la interpretación del desconocimiento desde el conocimiento y la certidumbre propios de un mundo marcado por la seguridad y que hacen que aquel se entienda como *conocimiento potencial*, como un *todavía no* conocer o un *ya no* conocer, como un conocimiento que se antoja imposible en su absoluto. Incertidumbres, en cualquier caso, que hacen que el riesgo se abra a una «amenazante esfera de posibilidades»; que hacen que la vida cotidiana aparezca como «una involuntaria lotería de la desgracia». Nos vemos atrapados en la *trampa del riesgo*; si los negamos, provocamos su crecimiento *inconmensurable e incontrolable*; si actuamos sobre ellos, si aplicamos el conocimiento sobre ellos, «se abren las compuertas del temor y todo se hace arriesgado» (Beck 2002: 222-5).

#### 4. EL SIGNIFICADO DE LA VULNERABILIDAD Y LA INCERTIDUMBRE EN RELACIÓN AL MODELO DE ESTADO

Con lo anterior, con la extensión generalizada de la incertidumbre y la desaparición de los perfiles nítidos y precisos, nos podemos preguntar a qué queda reducida la presencia, como tradicionales generadores de certezas y seguridades, de lo político y lo jurídico en el contexto de la sociedad del riesgo. Precisamente ahora conviene acudir al significado que la vulnerabilidad y la incertidumbre tienen en la misma existencia del Estado. Si pensamos en el modelo de Estado social, podemos ver cómo éste se justificaba en las políticas a través de las cuales materializaba su preocupación por socializar riesgos y por responsabilizarse ante los infortunios individuales y colectivos. En este sentido, partiendo de que todo poder político «debe atender a una renovación periódica de sus credenciales», y si la vulnerabilidad e incertidumbre, como «las dos cualidades de la condición humana a partir de las cuales se moldea el ‘temor oficial’», se presentan como «la principal razón de ser de todo poder político»; parece conveniente tener a ambas en cuenta a la hora de pensar el diseño del modelo jurídico político que viene a imponerse como modelo de regulación social (Bauman 2005: 65-72).

De esta forma, si bien es cierto que la realidad y los efectos de la crisis económico-financiera que se despliega con fuerza desde mediados del 2008 en todo el mundo han hecho que se vuelva la mirada a la necesidad de una nueva redefinición, todavía es demasiado pronto para pensar que se ha desterrado totalmente el tiempo en el que se consideraba al mercado como una instancia que se

autorregulaba y que resultaba central en la regulación social<sup>10</sup>. Así, creo que merece la pena recoger la reflexión siguiente de Bauman en relación al papel del Estado ante la vulnerabilidad y la incertidumbre y que encontramos en las páginas que acabamos de citar en el párrafo anterior: «El Estado se lava las manos ante la vulnerabilidad y la incertidumbre que dimanen de la lógica (o falta de lógica) del libre mercado, redefinida ahora como un asunto privado, una cuestión que los individuos han de tratar y hacer frente con los recursos que obran en su poder»; lo que obliga, además, a replantear la fuente y la variedad de la vulnerabilidad y la incertidumbre que lo justifican.

Ocurre, por eso mismo, que el repliegue del Estado en su función social, en su preocupación por la creación de seguros comunitarios que actúen frente a los infortunios individuales, ha llevado a una crisis de confianza sobre qué significan y qué aportan las instituciones estatales. Desaparecidas o desactivadas las estrategias societarias de actuar sobre los riesgos, se antoja entonces necesario para las instituciones estatales la búsqueda de una legitimación alternativa que sustituya a la previsión y protección de la existencia que proporcionaba el Estado social ante las contingencias provocadas por la dinámica del mercado.

En este sentido, en la necesaria renovación de las credenciales de legitimidad que tiene toda autoridad estatal, y una vez abandonada la posibilidad de actuar en la vulnerabilidad generada por las dinámicas propias del mercado, se vuelve la mirada hacia la vulnerabilidad que guarda relación con los peligros vinculados a la seguridad personal, lo que provoca, de un lado, una cierta estrategia de «amedrentamiento sistemático de la población»; y, de otro, el tránsito del Estado del bienestar al Estado penal o de seguridad<sup>11</sup>. Como afirma Bauman, «no sorprende en absoluto que se busque ahora una legitimación alternativa de la autoridad estatal, y una fórmula política distinta en beneficio de la ciudadanía obediente, en la promesa del Estado de proteger a sus ciudadanos frente a los peligros para la *seguridad personal*»; y continúa con la referencia a una cues-

---

10. Daniel Innerarity, al comienzo de una reflexión sobre «el retorno de la incertidumbre» que publicó en *El País* de 7 de octubre de 2008, y donde se refería a la pérdida de certezas en un mundo en el que saber y poder reclaman de una nueva articulación con las que compensar las debilidades de uno y otro «en orden a combatir juntos la creciente complejidad del mundo», decía que se había acabado «el arte de tener siempre razón. Si estuviéramos ante el final del neoliberalismo y el retorno de las certezas socialdemócratas, tal vez nos sintiéramos más aliviados, pero no habríamos entendido que lo que se acaba es otra cosa: una determinada concepción de nuestro saber acerca de la realidad social y de nuestra capacidad de decidir sobre ella».

11. «Pero el amedrentamiento sistemático de la población tiene un objetivo político deliberado de mayor alcance. El miedo hace que los ciudadanos ansíen la seguridad, y seguridad es lo que les vende el Estado. La seguridad nacional exige el miedo nacional, el estado de amedrentamiento permanente para justificar sin protestas de los ciudadanos la financiación, el funcionamiento y el endiosamiento del Estado de Seguridad Nacional. El secreto está en que primero se asusta a los ciudadanos para luego venderles la tan ansiada seguridad» (de Sebastián 2004: 254).

tión, *la fabricación de miedos y amenazas*, que nos ocupará más adelante: «En la fórmula política del ‘Estado de la seguridad personal’, el fantasma de la degradación social contra el que el Estado social juró proteger a sus ciudadanos está siendo sustituido por la amenaza de un pedófilo puesto en libertad, un asesino en serie, un mendigo molesto, un atracador, un acosador, un envenenador, un terrorista o, mejor aún, por la conjunción de todas estas amenazas en la figura del inmigrante ilegal, contra el que el Estado moderno, en su encarnación más reciente, promete defender a sus súbditos» (Bauman 2007a: 27)<sup>12</sup>.

Reflejo de esta transformación señalada, si ahora nos situamos en el panorama jurídico-político que presenta la película *Crash* y en el papel que en ella se hace jugar al Estado, nos encontramos, de una parte, con unos servicios sociales que no sólo se nos muestran adelgazados al máximo, sino también inoperantes, burocratizados y generadores de desigualdad. Operan sobre las diferencias creando más desigualdad y de allí focos de malestar, racismo y tensión, como se pone de manifiesto en las conversaciones que tienen el sargento Jack Ryan y Shaniqua Johnson (Loretta Devine) la trabajadora social que debe gestionar el acceso a los servicios sanitarios para el padre del policía. Además, en la película encontramos en la misma escena de la discusión entre el personaje de Matt Dillon, el citado sargento, y la trabajadora social, cómo se vinculan los problemas económicos y personales del padre del policía con la aplicación del principio de discriminación positiva, ejemplo de otra presencia de lo político presentada como no muy afortunada en su realización<sup>13</sup>; y como cerrando el círculo, en el final de la película es la misma trabajadora social afroamericana que parecía objeto de rechazo racista por el sargento Ryan la que a partir de un choque de coche desata también su malestar y tensión.

Pero junto, o de forma correlativa a este proceso de desinversión del Estado del bienestar, de los servicios y las políticas sociales y de los espacios desmer-

---

12. Y en otras de sus publicaciones, en el capítulo que titula «De Estado social a Estado de la seguridad»: «Posiblemente la oferta más obvia de las que han sido eliminadas recientemente del ‘mercado político’ es la del Estado social; puesto que está completamente reñido con la lógica del mercado de consumo, no es una sorpresa que fuera la primera víctima del abandono por parte del Estado de la regulación normativa de las actividades imperiales. (...) Tras haber abandonado su ambición y retirado su promesa de liberar a sus ciudadanos de los miedos que proceden de los riesgos de la vida, el Estado ya no puede aprovecharse de la legitimación que usó durante la mayor parte de la historia moderna para justificar su exigencia de que los ciudadanos se sometiesen a la ley y al orden. (...) Una búsqueda frenética de una legitimación alternativa que pudiese navegar en las mareas adversas en vez de ser arrastrada por ellas llevó a los Estados a la zona a la cual ya se habían ido masivamente los mercaderes de bienes de consumo, que siempre se dan cuenta de las oportunidades nuevas y lucrativas: la de la seguridad personal» (Bauman 2006a: 170-4).

13. Vid. para un debate crítico de la «discriminación positiva» y sus límites en distintas realidades, Francia, Estados Unidos, India y Sudáfrica, el «Dossier» que aparece en *Le Monde diplomatique* 139, mayo de 2007, páginas 12-7.

---

cantilizados, también nos encontramos con que la demanda de seguridad personal encuentra respuesta en la recurrente presencia que la policía tiene en la película. Distintos personajes aparecen en la película en su función de policías; realizando, incluso, funciones que parecen querer cubrir los huecos existentes en las redes de intervención social. El sargento Ryan que actúa en el accidente de Christine Thayer; el detective Graham Waters ocupado en los cuidados a su madre que vive enferma en un entorno degradado socialmente..., situaciones que nos invitan a leer que es en la policía en quien debemos verter nuestra confianza para sobrevivir en el caos y en la degradación de lo social. Junto a ello, también podemos ver la confianza que en algún momento de la película aparece en relación a las armas de fuego, bien como una herramienta básica para solucionar conflictos y miedos, el personaje del comerciante iraní; o bien como una forma de conseguir lo que se quiere, los dos ladrones, Anthony y Peter.

Sin embargo, y en realidad, también es cierto que esta mirada recurrente a la policía se traduce, en muchos casos, -como en la vida misma-, en la *caricatura* de una corrupta policía que en su actuación crea más inseguridad, incertidumbre y tensión que la que resuelve. Podemos recoger, en este sentido, la actuación de la pareja de policía que forman el sargento Ryan y el agente Hansen sobre Christine y Cameron Thayer. Precisamente actúan esos policías, en principio, movidos por un aviso sobre un coche robado, el del fiscal Cabot, derivando su actuación, en el caso de Ryan, en unos abusos policiales que, más allá de una *simple* arbitrariedad, suponen un delito contra la libertad sexual y, sobre todo, una fuente de odio racial y de impotencia y frustración en lo personal. Junto a este episodio que revela, desde el menosprecio a la dignidad de los ciudadanos, la fragilidad del mismo Estado de Derecho en cuanto nos situamos ante comportamientos concretos de quienes tienen, precisamente, la responsabilidad de velar para que éste conserve una buena salud, tampoco deja de ser relevante del retrato que se pretende mostrar de la policía el episodio protagonizado por unos agentes corruptos que se disparan entre sí en lo que parece ser un ajuste de cuentas por un tema de tráfico de drogas<sup>14</sup>.

Más aún, dos policías que en la película representan una idea de equidad y respeto a la ley; y que incluso más allá de su papel como policías parecen un ejemplo de honestidad en lo personal, como el detective Graham Waters o, quizás también, el agente Hansen, no dejan de mostrar sus contradicciones en algún momento y contribuyen así a perfilar la imagen de la policía como la de una *caricatura* de lo que debería ser. Podemos fijarnos en cómo cede Waters a las presiones del equipo del fiscal por una cuestión familiar; o cómo el agente Hansen acaba asesinando, precisamente al hermano de Waters, y eliminando cualquier

---

14. Episodio éste que acaba, además, «contaminando» a lo político, a la actuación del equipo del Fiscal, en esa calidad de *caricatura*.

tipo de prueba que le pueda comprometer, atrapado en la desconfianza, el miedo y el rechazo a lo extraño que él mismo había intentado denunciar antes de su compañero Jack Ryan.

##### 5. EL CONTEXTO *CONTAMINANTE* DE MODERNIDAD LÍQUIDA Y LA RESOLUCIÓN DE LA PARADOJA DEL INDIVIDUALISMO INSTITUCIONALIZADO HACIA UN INDIVIDUALISMO ATOMIZADOR

En cualquier caso, tanto el debilitamiento de los servicios sociales y del mismo Estado del bienestar y sus políticas sociales, como el desplazamiento de las instituciones estatales en la búsqueda de una nueva fuente de legitimidad en la seguridad personal, forman parte, en realidad, de una transformación más amplia que afecta a todo el modelo de regulación social<sup>15</sup>. Los cambios no se limitan al tránsito de un modelo de Estado a otro, es decir, a la sustitución de unas políticas sociales por otras de seguridad; o, más allá, tampoco podemos reducir nuestra mirada a que las instituciones estatales se legitiman, y se preocupan, en la realización de unos valores o de otros. La profundidad del cambio requiere que, cuando menos, hagamos alguna referencia a otras cuestiones sobre las que entender la situación de inseguridad, vulnerabilidad creciente e incertidumbre que se ha instalado en nuestras sociedades.

De este modo, en primer lugar, debemos tener en cuenta algo en lo que venimos insistiendo, que lo que durante un tiempo pudo ser un espejismo de seguridad y con ella de posibilidad de tener un cierto dominio sobre el presente, hoy la sociedad del riesgo, junto con la sustitución del modelo societal socialdemócrata por el neoliberal, ha hecho que se convierta en incertidumbre e inseguridad. Así, y como ya hemos apuntado anteriormente, la aparición de la sociedad del riesgo vinculada a un contexto de tránsito de una *primera* a una *segunda* modernidad resulta clave para intentar comprender, como plantea Bourdieu, el significado de que la «precariedad está por todas partes» y de que con ella se llegue, más allá de la cuestión laboral y como producto de una determinada voluntad política, a toda una estrategia de dominación basada en la flexibilidad y la inseguridad que el sociólogo francés denomina *flexplotación* (Bourdieu 1999: 120-28).

O quizás mejor, y marcando alguna distancia con lo que cabe ser leído como un cierto optimismo de Beck en torno a la sociedad del riesgo<sup>16</sup>; la ausencia de control que tienen los distintos personajes de *Crash* sobre los que se suceden los

---

15. En otro trabajo trato sobre las transformaciones del modelo de Estado, del social al de seguridad, en un contexto de ascenso de la incertidumbre y dentro de un cambio societal más amplio en el que el miedo se revaloriza como instrumento de regulación social; cfr. Susín (2006).

16. En alguna ocasión, como en *La invención de lo político*, se refiere Beck a la crítica que en este sentido le realizó Bauman en la conferencia de presentación de la edición inglesa de *La sociedad del riesgo*; cfr. Beck (1999: 44).

episodios casi unos encima de otros, viene reforzada por un contexto que se ha dado en denominar de *modernidad líquida*, donde lo característico, lo tópico, viene dado por la falta de vínculos, de hitos de referencia, es decir, por la *normalización* de las amenazas, las ambivalencias, lo imprevisible, las incertidumbres..., como las líneas definatorias del marco en el que se ha de desarrollar la trayectoria vital de los individuos (Bauman 2003).

No se trata de que hayamos abandonado la «modernidad», de que nuestras sociedades hayan dejado de ser *modernas*; sino, más bien, de que en esta «otra modernidad» lo son de forma diferente. La modernidad se habría visto afectada por un proceso de «licuefacción» que haría que las imágenes de estabilidad, seguridad, predicción, vínculos estables y fijos, lealtades y convicciones, rutinas..., que nos remitían a una modernidad «pesada», «sólida», «condensada» o «sistémica», hayan dado paso a otras imágenes más propias de una modernidad «licuada», «fluente», «dispersa», «liviana», «diseminada», «desregulada» o «capilar». Este proceso de tránsito de una modernidad a otra abre las puertas a un cuestionamiento radical y a una transformación de los paradigmas que la sustentaban, produciendo, de este modo, una afección sobre los elementos que hasta ahora podían servir como hitos o señales de referencia. La seguridad se convierte en insegura; la certeza se hace incierta; y la protección se traduce en *protección desprotegida* (Bauman 2001a: 17 y ss). Se trata, en definitiva, de una situación de inseguridad, de ausencia de control sobre el presente, de falta de reglas, que viene en buena parte provocada por una fuente de anomia que Bauman también denomina «economía política de la incertidumbre» (Bauman 2001a: 180-4).

En *Crash*, en su dinamismo, en las secuencias que se siguen unas a otras, en la movilidad que se transmite en esos 100 minutos que recogen 36 horas donde confluyen diversos episodios e historias en una estructura «coral» o de «vidas cruzadas», se refleja esta transformación de la modernidad que, especialmente en lo que se refiere a la idea de «liquidez», se deja ver en cómo cada historia, como ocurre cuando a algo le afecta un líquido, se ve alterada en su forma y composición al entrecruzarse con otra<sup>17</sup>.

Por ejemplo, pensemos cómo se intuyen cambios en las formas de pensar y tratar con *el otro* tras los diferentes encuentros, *choques*, que vemos en la película. Así, la transformación desde la determinación y el odio hacia el desconcierto y la culpa, o incluso hacia una especie de paz interior al haber encontrado a un

---

17. «Los fluidos se desplazan con facilidad. 'Fluyen', 'se desparraman', 'se desbordan', 'salpican', 'se vierten', 'se filtran', 'gotean', 'inundan', 'rocián', 'chorrean', 'manan', 'exudan'; a diferencia de los sólidos no es posible detenerlos fácilmente -sortean algunos obstáculos, disuelven otros o se filtran a través de ellos, empapándolos-. Emergen incólumes de sus encuentros con los sólidos, en tanto que estos últimos -si es que siguen siendo sólidos tras el encuentro- sufren un cambio: se humedecen o empapan»; Bauman (2003: 8).

*ángel* que le protege, en el comerciante iraní, Farhad, tras su encuentro con Daniel, el cerrajero hispano (Michel Peña), y su hija, en la escena del disparo «fallido» con la bala de foguero; el cambio en Christine Thayer desde la aversión y el rechazo, una vez que es salvada por el policía que interpreta Matt Dillon después de su accidente de tráfico; el cambio en Anthony después de su encuentro con otra persona negra a la que intenta robar, Cameron Thayer, y cómo éste le dice, tras jugarse la vida por él, «Mírame, me avergüenzas; y te avergüenzas a ti mismo», lo que deriva en que la siguiente escena en la que vemos a Anthony sea en un autobús, de cuyo uso había hecho una lectura «paranoico-racista» y, posteriormente, al final de la película, liberando a unas personas orientales con las que podía «hacer negocio» y dándoles algo de su propio dinero; o, finalmente, cómo se ve modificada también la forma de ver al otro que tiene Jean Cabot, la mujer del Fiscal, después de su accidente doméstico y el *desencuentro* con las que como iguales consideraba sus amigas y, por contra, su *encuentro* con su empleada doméstica de origen hispano, María, a la que le acaba abrazando, reconociendo como «su mejor amiga» y diciéndole «te quiero», es decir, haciendo que en su transformación se diluyan los prejuicios y desconfianzas que tenía por clase y raza.

Pero no todas las *contaminaciones* marcan cambios en positivo; también podemos ver cómo las personas se ven afectadas en la negatividad de los otros. Por ejemplo, tenemos la cadena de acontecimientos que van desde los problemas familiares del Sargento Ryan, –que se apuntan en el relato de la historia de su padre a la trabajadora social–, y de allí a cómo el personaje de Matt Dillon descarga sus frustraciones de contenido racista en Christine Thayer; y de ésta, a su vez, se derivan hacia su pareja, Cameron Thayer, quien ve amplificado su malestar por un episodio racista en su trabajo y acaba desatando su frustración en una reacción violenta, en formas, lenguaje..., en la escena del intento de robo de su coche, donde se enfrenta a tres policías de una manera en la que se adivina una persona desesperada que ha perdido los elementos de referencia que tenía y que le daban sentido a su vida laboral, personal...

En cualquier caso, este contexto de «modernidad líquida» nos lleva a la segunda cuestión en la que creemos conveniente incidir para comprender la novedad de las inseguridades, incertidumbres y miedos que nos acompañan, el tema de la falta de vínculos, de arraigos, de referencias y rutinas; y en él el significado de la individualización, y cómo este significado es determinante a la hora de ver cómo afrontamos las incertidumbres y miedos, nuestra absoluta vulnerabilidad actual, al fin y al cabo. Como sostiene Bauman hablando de la emancipación en la «modernidad líquida»: «La vida no ha llegado todavía al extremo de volverse insensata, pero ha sido bastante dañada, y todas las futuras herramientas de certeza, incluidas las nuevas rutinas inventadas (...), no son más que muletas, artificios de la ingenuidad humana que sólo se parecen al original si nos abstenemos de observarlos muy de cerca. Toda certeza posterior al ‘pecado ori-

ginal' del desmantelamiento de ese mundo real, colmado de rutinas y carente de reflexión, no puede sino ser una certeza fabricada, una certeza burda y descaradamente 'inventada', cargada con toda la vulnerabilidad innata de las decisiones humanas» (Bauman 2003: 26-7)<sup>18</sup>.

Es cierto que la falta de certeza absoluta, la relativa inseguridad y la vulnerabilidad no han sido algo extraño a las experiencias vitales de las personas; pero también es cierto que hoy, desintegrada la trama social y desmoronadas y agotadas las agencias y fuerzas de acción colectivas, la incertidumbre y la vulnerabilidad que se abren paso lo hacen sin resistencia, sin oposición alguna; es más, lo hacen alentadas por una individualización que ella misma, la incertidumbre, a su vez, se encarga de cultivar<sup>19</sup>. Atrapados en una especie de callejón sin salida vivimos nuestras inseguridades de forma individualizada, sin recursos societales, haciendo que lo que, en principio, podría parecer una oportunidad de liberación de ataduras se haya convertido en una auténtica condena. Tiene lugar, de este modo, un proceso de *individualización* que en la segunda modernidad adquiere con respecto a la primera su cualidad diferenciadora en tanto que al «desarraigo» que conlleva no sigue ningún «rearraigo». Es decir, por un lado, en la modernidad «temprana» o «clásica» la individualización, signo de identidad de la misma, conllevaba la liberación de las personas de las estructuras estamentales heredadas; al tiempo que su adscripción a las clases como un lugar construido en el que la persona encontraba un rearraigo tal que significaba sobre los individuos una sujeción que no envidiaba a la de los estamentos premodernos. Mientras que, por otro lado, en la segunda modernidad o modernidad «reflexiva», la de la sociedad del riesgo, la cualidad diferenciadora va a ser, precisamente, la ausencia de lugares donde acomodarse en busca de arraigo. Como sostiene Bauman: «No existen canteros previstos donde 'rearraigarnos' (...). No existen perspectivas de 'rearraigo' al final del camino tomado por individuos ya crónicamente desarraigados» (Bauman 2003: 35-43; y 2001b: 57-60). O como resumen los Beck: «Así –por dar una simple definición–, 'individualización' significa 'disembedding without reembedding' ('desincrustar sin reincrustar')» (Beck y Beck-Gernsheim 2003: 30).

18. Y, de la mano de Bauman, también parece interesante recoger la cita de Deleuze y Guattari que encontramos en su análisis «psico-antropológico» de *El Anti Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*: «Estamos en la edad de los objetos parciales, de los ladrillos y de los restos o residuos. Ya no creemos en estos falsos fragmentos que, como los pedazos de la estatua antigua, esperan ser completados y vueltos a pegar para componer una unidad que además es la unidad de origen. Ya no creemos en una totalidad original ni en una totalidad de destino» (Deleuze y Guattari 1985: 47).

19. «La incertidumbre del presente es una poderosa fuerza *individualizadora*. Divide en vez de unir, y dado que no se puede decir quién podría despertarse en qué división, la idea de unos 'intereses comunes' se torna cada vez más nebulosa y al final se hace incomprensible. Temores, ansiedades y quejas nacen de una manera tal que se padecen en soledad. No se suman, no se acumulan en una 'causa común', no tienen un 'domicilio natural'» (Bauman 2001b: 35).

Este «proceso de individualización» forma parte de las transformaciones vinculadas a la sociedad del riesgo y, en este caso, tiene que ver con el agotamiento de lo que se recoge como «las fuentes de significado colectivas y específicas de grupo de la cultura de la sociedad industrial», cuya pérdida hace recaer sobre los propios individuos «todo el esfuerzo de definición»<sup>20</sup>. Así, esta individualización, que no se presenta como una elección, sino que más bien se impone como un destino del que resulta imposible escapar, consiste «en transformar la ‘identidad’ humana de algo dado en una ‘tarea’, y en hacer responsables a los actores de la realización de esta tarea y de las consecuencias (así como de los efectos colaterales) de su desempeño» (Bauman 2003: 37-44)<sup>21</sup>.

De esta forma, cada uno de nosotros es considerado responsable único en la construcción de su propia biografía, de sus éxitos y fracasos (Beck 1999: 129-33). Se nos exige una «activa contribución» para que, individualmente, nos adaptemos, fijemos metas y objetivos, planifiquemos, aceptemos fracasos y derrotas..., busquemos nuevas salidas. «Las oportunidades, los peligros y las incertidumbres biográficas, que antes estaban predefinidas dentro de la asociación familiar o de la comunidad rural, o a tenor de las normativas de los estados o clases asistenciales, deben ahora percibirse, interpretarse, decidirse y procesarse por los propios individuos. Las consecuencias –tanto las oportunidades como las cargas– pasan ahora a los individuos» (Beck y Beck-Gernsheim 2003: 42).

En este proceso, los individuos quedan atrapados en una lógica del «hágalo usted mismo»; «condenados a su individualización» construyen de forma constante, compulsiva e interminable sus «biografías de riesgo» en un contexto de incentivos institucionales definidos por diversas instancias y espacios de socialización, tales como el mismo Estado social con sus becas y prestaciones, su sistema educativo y la juridificación de las relaciones laborales. A los individuos se les exige *que vivan su propia vida, que actúen, que produzcan y escenifiquen*

20. Señala Beck junto a ésta de las fuentes de significado colectivas y específicas de grupo de la cultura de la sociedad industrial, como la conciencia de clase, otras dos áreas de referencia afectadas por la sociedad del riesgo: la que tiene que ver con la relación de la sociedad industrial con los recursos de la naturaleza y la cultura y su dilapidación consecuencia del propio desarrollo de la modernidad; y la que recoge como la relación de la sociedad con las amenazas y problemas que ella misma produce y que exceden los fundamentos de las ideas sociales de seguridad. Cfr. Beck (1997: 20-1).

21. Y de las mismas páginas arriba citadas, donde se desarrolla la diferencia entre una autonomía *de iure* y otra *de facto*: «Ser un individuo *de iure* significa no tener a quién echarle la culpa de la propia desdicha, tener que buscar las causas de nuestras derrotas en nuestra propia indolencia y molicie. (...) Existe una enorme y creciente brecha entre nuestra condición de individuos *de iure* y nuestras posibilidades de transformarnos en individuos *de facto* –o sea, de tomar el control de nuestro destino y hacer las elecciones que verdaderamente deseamos hacer-. Es de las profundidades de ese abismo que emanan los efluvios venenosos que emponzoñan la vida de los individuos contemporáneos».

ellos mismos sus biografías. Se les presupone «actores, constructores, juglares, escenógrafos de sus propias biografías e identidades y también de sus vínculos y redes sociales», de sus ligazones y convicciones. Si esta *invitación* a constituirse en individuos, a la autoorganización de cada biografía individual a partir de las propias decisiones, se realiza con el acompañamiento de un modelo institucional, entonces, en lo que los Beck, en la misma referencia anterior, llaman la paradoja del «individualismo institucionalizado», podemos pensar en que el proceso de construcción consiga salvar los peligros permanentes que acechan en las complejas sociedades actuales. Si contamos con un reconocimiento de derechos civiles, políticos y sociales, con un empleo estable y remunerado dignamente, con unos servicios y unas prestaciones acordes con las necesidades sociales, con unos niveles de formación y educación apropiados y suficientes, entonces tal vez tengamos alguna opción al afrontar individualmente las «oportunidades arriesgadas» que se nos ofrecen, aunque no alcancemos a valorar y comprender las consecuencias plenas de nuestras acciones.

Sin embargo, ocurrirá que una vez disparada la «espiral de la individualización» y convertida ésta en una cuestión estructural, con las consecuencias que podemos imaginar que esto tiene sobre la coexistencia social, sobre la idea de lo común y sobre los mismos niveles de integración y calidad democrática de nuestras sociedades, nos encontraremos con que las decisiones políticas neoliberales llevarán a que se desactiven los derechos reconocidos individualmente y que daban sentido al ser individuo; se desregule y precarice el mercado laboral; y se desinvente el Estado del bienestar y sus sistemas educativos y de prestaciones sociales. En ese caso, en un contexto de sociedad del riesgo que significa que los peligros que produce la propia sociedad desbordan y socavan los sistemas de seguridad establecidos por el Estado del bienestar, y en ausencia o debilitados los recursos sociales que nos podían hacer creer en la posibilidad de reinventar la sociedad, la «libertad precaria» con la que contaban los individuos adquiere ya, más bien, un tono de atomización y fragmentación donde es fácil que se produzca la «desbandada de los individuos» hacia un espacio trampa marcado por un déficit importante de elementos comunes (Beck y Beck-Gernsheim 2003: 37-80).

Esto es, una mirada rápida a las sociedades occidentales, y en especial a la norteamericana reflejada en la película, nos permite ver la decadencia interna que se traduce en la existencia de una creciente desigualdad y dualización social y de allí, en un contexto de dismantelamiento del Estado del bienestar, en la utilización del miedo con todo su valor político como un instrumento con el que *los que ganan* se permiten tener controlados a *los que pierden* (de Sebastián 2004: 219 y ss.). En ciudades como Los Ángeles, donde se localiza *Crash* y de la que contamos, por ejemplo, con los trabajos de Mike Davis para comprender las desigualdades, inseguridades y conflictos presentes en la misma, los procesos de individualización delatan la crueldad del desequilibrio

entre el individuo *desincrustado* y los problemas de la sociedad del riesgo<sup>22</sup>. Así, en una dinámica en la que se nos indica que debemos «*buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas*» (Beck y Beck-Gernsheim 2003: 31), nos mostramos incapaces de tomar unas decisiones lo suficientemente correctas para la complejidad de la situación. Más aún, cuestiones ligadas a la crisis social, como el paro estructural, y otras que se reflejan más o menos en *Crash*, como las desigualdades, los conflictos y la violencia racial y social..., se desplazan sobre los individuos y «se pueden convertir en un plus de riesgo sobre las espaldas» de los mismos. Como continúan los Beck: «Los problemas sociales pueden convertirse directamente en estados anímicos. En sentimientos de culpabilidad, ansiedades, conflictos y neurosis. Paradójicamente, una nueva inmediatez está impregnando la relación entre individuo y sociedad, una inmediatez de desorden tal que las crisis sociales aparecen como algo individual y ya no son percibidas –o sólo de manera muy indirecta– en su dimensión social» (Beck y Beck-Gernsheim 2003: 72-3).

Ante este panorama, y como indicábamos, los individuos, de-socializados y menos libres, tendrán que convivir con la responsabilidad de actuar constantemente, de planificar, organizarse, improvisar..., y asumir peligros y fracasos. Serán ellos los únicos encargados de actuar y tratar unas situaciones que muchas veces superan sus capacidades, provocando, por lo mismo, o acciones heroicas y puntuales o actuaciones generadoras de más frustración<sup>23</sup>. En este sentido, podemos intuir algo de ese tinte heroico en las acciones que en *Crash* nos muestran al sargento Jack Ryan actuando para salvar del accidente de coche al personaje de Christine Thayer, precisamente, además, en una especie de acto de contrición por su comportamiento anterior de abuso de autoridad y racismo; o, por ejemplo, en el episodio en el que el realizador de televisión Cameron Thayer se juega su vida ante la policía sin delatar al ladrón que le está intentado atracar. Pero, sobre todo, nos interesa fijarnos en cómo las actuaciones individuales ante problemas sistémicos derivan en niveles de frustración, lo que podemos intuir, como ya hemos apuntado más arriba, en el personaje de Jack Ryan, *contaminado* por su malestar familiar; y, también, en el detective Graham Waters y en sus actuaciones y el resultado de las mismas, especialmente, pero no sólo, en lo que se refiere a su relación con su familia, su madre y su hermano, por los que se preocupa sin tener ningún reconocimiento de los

22. Por ejemplo, puede verse el análisis que sobre desigualdades, conflictos sociales y políticas urbanas y sociales y penales hace Mike Davis de Los Ángeles tomando como referencia la película *Blade Runner*, Davis (2001); y también del mismo autor y sobre el «malestar social» de la misma ciudad, (2003).

23. Al hablar de «héroes» conviene también aquí referirse a las reflexiones que recoge Bauman sobre el sentido reducido y el escaso papel de los héroes, y los mártires, frente a las celebridades, en la sociedad de la modernidad líquida. Cfr. Bauman (2006b: 57-71).

mismos, al contrario, el rechazo de su madre y, finalmente, el encuentro con el cadáver de su hermano.

## 6. A MODO DE CONCLUSIÓN: EL VALOR ACTUAL DEL MIEDO Y EL TRIUNFO DE LA DESCONFIANZA

Finalmente, en la combinación de todo lo anterior, de la modernidad líquida y con ella de la incertidumbre y el individualismo que se desarrolla atomizador en un contexto desordenado y sin referencias societales, el miedo, y su gestión, adquieren un nuevo significado. Sabemos que el miedo no es nuevo y que nos ha acompañado tanto a nivel singular como colectivo, en su manifestación de miedo estricto o en la de angustia y ansiedad<sup>24</sup>. De la misma forma que sabemos que aunque «no se trata de que toda la civilización sea el producto de una larga lucha contra el miedo, (...) sí es cierto que el miedo ha sido –y es– un sentimiento permanente, recurrente o muy frecuente en la vida y en la obra de los hombres; un miedo mayor o menor, individualizado o colectivo, según los tiempos en que se viva» (González Duro 2007: 15). Por eso resulta llamativo que sea ahora, en unas sociedades casi obsesionadas por la seguridad, donde paradójicamente nos encontremos con que el miedo se ha instalado de forma tan sólida y con vocación de permanencia. Es más, es ahora cuando el miedo adquiere un valor tan especial que se dice de él que «las ocasiones de tener miedo son de las pocas cosas de las que nuestra época actual, tan carente de certeza, garantías y seguridad, no anda escasa. Los miedos son múltiples y variados»; sin embargo, ocurre que al no entender ni sus orígenes ni su lógica, «carecemos sencillamente de las herramientas y habilidades necesarias». Nos invade una sensación de impotencia, pero no tanto por la amenaza en sí, como por la distancia que hay entre las fuentes de los miedos y nuestras respuestas; así como por nuestra incapacidad para arbitrar una respuesta colectiva y solidaria a esos miedos (Bauman 2007b: 33-5).

Así, conviene señalar que el miedo con el que nos encontramos hoy, del que va a sacarse todo el rédito posible<sup>25</sup>, es un miedo al que, sin embargo, y al margen de su utilidad ya referida para el tránsito del Estado social al penal o de seguridad vinculada a la «seguridad nacional», y de acuerdo a una buena lógica de consumo, tenemos que enfrentarnos de forma absolutamente individual<sup>26</sup>. Libe-

24. Cfr. Delumeau (1989), donde, centrado en las sociedades occidentales, nos ofrece un estudio sobre la historia del miedo de los siglos XIV a XVIII; también puede verse, para un acercamiento a la historia (*biografía*) del miedo, González Duro (2007).

25. «El miedo no es simplemente un sentimiento que sólo afecta a quien lo padece, sino que a menudo resulta ser, además, una cuestión moral, religiosa, social, política y hasta económica» (González Duro 2007: 12).

26. «La lista de miedos es como la trayectoria consumista: inacabada y con toda probabilidad inagotable. El capital del miedo a partir del cual se obtienen todos los beneficios políti-

rados de los lazos de parentesco y vecindad, de los vínculos comunitarios y corporativos, así como de toda posible sensación de pertenencia, ahora dejamos también de lado sus más recientes equivalentes artificiales tejidos en la solidaridad, como las asociaciones, los sindicatos... Se ha producido una segunda liberalización, pero, como nos alerta Bauman, a ésta «no le han seguido nuevas formas societarias de gestionar el miedo». Así, como continúa el citado autor: «La tarea de afrontar los miedos que emergen de las nuevas incertidumbres ha sido, como lo han sido los propios miedos, liberalizada y ‘subsidiarizada’, es decir, dejada en manos de las iniciativas y de los esfuerzos locales; privatizada y transferida en gran medida a la esfera de la ‘política vital’, esto es, entregada al cuidado, ingenio y astucia de los individuos, y a los mercados, tenazmente hostiles y empeñados en oponerse a cualquier forma de interferencia comunal (política) y, más aún, de su control» (Bauman 2007a: 97-9).

Esto es, y como se refleja en *Crash*, cada individuo debe gestionar sus miedos con los instrumentos y habilidades que sea capaz de conseguir por su cuenta, comprar una pistola, cambiar la cerradura de su casa o moverse por la ciudad en todoterreno<sup>27</sup>. Y allí reside buena parte del nuevo problema, en el «desacoplamiento entre las acciones inspiradas por el miedo y los estremecimientos existenciales que genera el miedo que inspiró esas acciones». No es que existan nuevos miedos, es que el miedo *satura* la existencia humana cotidiana, al tiempo que debemos enfrentarnos a él liberalizados e individualizados, lo que nos hace más vulnerables y cada vez más ajenos al control de la situación (Bauman 2007: 24 y ss.). Por eso también esa obsesión por tener chivos expiatorios donde descargar nuestras ansiedades, caso de los extraños, de los extranjeros y de los inmigrantes que *nos acechan* amenazantes en nuestras ciudades; o, también, por eso que, incapaces de tener algún control sobre el ritmo del cambio, nos centremos con extraordinaria fijeza en aquello sobre lo que creemos podemos influir, «los siete signos del cán-

---

cos y económicos es en la práctica ilimitado»; así, no resulta complicado visualizar la convivencia entre un uso político del miedo que se traduce en la legitimación del Estado por su capacidad para contener o eliminar la amenaza a la seguridad con la que se presenta la fusión inmigración-delicuencia; y un uso más comercial, privatizado para la acción del mercado y en él de los *minoristas*; cfr. Bauman (2006a: 137-82).

27. La privatización en la gestión del miedo lleva a lo arriba recogido, entre ello a la extensión, alimentada desde el marketing, de los vehículos todoterrenos en nuestras ciudades, algo que también se refleja en la película. Símbolo de la seguridad anhelada, suponen una especie de fortaleza personal portátil frente a los riesgos que nos acechan a diario en nuestro tránsito urbano. En ellos hacemos más seguros el desplazamiento obligado entre las residenciales vigiladas y un centro comercial o de trabajo también vigilado. Pero no podemos olvidar que «el todoterreno es sólo un ejemplo más de los usos comerciales que se pueden dar a los temores cuando estos son ‘desagregados’ de sus fuentes, sacados a flote, presentados de forma difusa, poco definida y desenfocada» (Bauman 2007b: 185-6).

cer», «los cinco síntomas de la depresión», el control de los niveles de colesterol, estrés o de obesidad... (Bauman 2006c).

De esta forma, indiferencia y alarma acaban conviviendo y alcanzan a la vida cotidiana de cada uno; no hacer nada o creer que se hace todo son decisiones que nos corresponden tomar por nosotros mismos y que, carentes de referencias fijas en las que anclarnos, nos ahogan en una red de incertidumbre y desconfianza. De allí los conflictos y tensiones de los personajes; de allí, por ejemplo, el caso de la mujer del fiscal, Jean Cabot, donde el peso de la balanza se inclina hacia el lado de la alarma. Afectada por el miedo se engaña creyendo que, de alguna manera, podrá actuar sobre las amenazas que le acechan y conseguir unos niveles de seguridad desde los que calmar su ansiedad. Tras el atraco que sufre en la calle se dibuja una cierta paranoia en su reacción al ver al operario de origen hispano y con tatuajes que cambia las cerraduras, vinculándolo con bandas callejeras y planteando hacia él su desconfianza<sup>28</sup>. El doble cambio de cerraduras, primero el cambio de las originales al que sigue el de las que cambia el cerrajero, refleja casi de forma absurda una exagerada aplicación del *principio de precaución*<sup>29</sup>; pero, sobre todo, no deja de recordarnos los efectos del miedo en la modernidad líquida, la retroalimentación que lleva a que las acciones y actividades con las que pretendemos corregir el miedo y la sensación de amenaza reafirmen el desorden y la desconfianza.

Con estas acciones que realiza el personaje protagonizado por Sandra Bullock se pone de manifiesto la impotencia ante una situación que nos resulta imposible de controlar, lo que dispara la sensación de ansiedad y lleva a exagerar los intentos por minimizar los riesgos en aquello que sí nos creemos capaces de tener bajo nuestro control; sin tener en cuenta, por otra parte, que estas mismas acciones reflejo de nuestra impotencia no hacen sino facilitar que el miedo se perpetúe, se vea inmerso en una dinámica de auto-refuerzo<sup>30</sup>. «Cada cerradura adicional que colocamos en la puerta de entrada como respuesta a sucesivos rumores de ataques de criminales con aspecto foráneo ataviados con túnicas bajo las que esconden cuchillos; cada nueva dieta modificada en respuesta a una

---

28. Para comprender algo mejor estas escenas que protagoniza este personaje, sobre todo, su reacción al inicio de la película cuando se acercan los dos jóvenes, Anthony y Peter, y se agarra al brazo de su marido; y su desconfianza ante Daniel, el cerrajero de origen hispano, puede verse Bernuz (2003), donde se trabaja sobre la percepción de los jóvenes antisociales como grupo de riesgo social.

29. El *principio de precaución* aparece como una de las guías de referencia en la gestión de los riesgos. Básicamente se traduce en actuar para evitar daños aun si las cadenas causales no están del todo precisas o no hay evidencias científico-técnicas definitivas.

30. Véase aquí Sunstein (2009), donde se recoge una crítica sobre la incoherencia del *principio de precaución* por su capacidad de crear nuevos riesgos con sus actuaciones y, en ella, se trata la cuestión de la extensión del miedo a través de las interacciones sociales.

nueva 'alerta alimentaria' hacen que el mundo parezca *más* traicionero y temible, y desencadenan *más* acciones defensivas (que, por desgracia, darán alas a la capacidad de autopropagación del miedo)» (Bauman 2007a: 21-2).

En realidad, en todo *Crash* se dibuja un paisaje urbano de desconfianza, algo que hoy nos es extraño ni a Los Ángeles, un protagonista más de la película, ni a tantas otras ciudades, donde se ha eliminado consciente e intencionadamente el espacio público urbano<sup>31</sup>. Si la ciudad era un lugar de encuentro, ahora, más bien, y en la ausencia de espacios públicos, o en la existencia de éstos vacíos de contenido, se ha acabado por consolidar como un espacio de desencuentro con las consiguientes consecuencias para la convivencia, precisamente cuando la pluralidad social ha problematizado la idea de lo común<sup>32</sup>.

«El individuo siente cada vez menos interés por los otros, por muy falto de comunicación que se encuentre. Sus palabras, gestos y expresiones van perdiendo significación colectiva, carecen de valor simbólico y se convierten en rituales superficiales y estereotipados, con lo que la comunicación se reduce a lo meramente formal e inevitablemente se empobrece. Estamos asistiendo a una progresiva masificación de la ciudad (...); las aglomeraciones urbanas amontonan a las personas, convirtiéndolas en seres anónimos y hasta hostiles entre sí. La masificación pulveriza el tejido social y hace que el hombre de hoy, marginado en las barriadas periféricas, enlatado en los transportes públicos o emparejado en los atascos automovilísticos, se sienta solo en medio de la multitud. El espacio público se ha ido vaciando de contenido y ha llegado a hacerse inhospitalario para casi todos: las calles se han transformado en vías de tránsito enloquecido, ruidosas, inseguras y generadoras de ansiedad, las plazas son inexistentes o se han convertido en zonas de aparcamiento, etcétera. No es raro que el individuo se encuentre aislado en el espacio público, inseguro, visible para los demás y hasta vigilado» (González Duro 2007: 210)<sup>33</sup>.

---

31. Tampoco debe ser casualidad que Los Ángeles aparezca como el paisaje de la película, adquiriendo un significado que se puede llegar a interpretar como de un protagonista más. En una entrevista a Mike Davis podemos leer cómo este autor, cuya obra, como ya hemos comentado antes, se asocia a dicha ciudad, reconoce en la eliminación del espacio público urbano una de las características del proyecto angelino. Vid. diario *Público* de 9 de diciembre de 2008.

32. Resultan de interés y sugerentes, en este punto, las ideas que se recogen en Innerarity (2006) a cerca de cómo pensar «el espacio público»; en especial, aquí nos interesa el apartado relativo a «los espacios de la ciudad», donde analiza el fracaso de la ciudad en sus funciones civilizatorias.

33. Para pensar la realidad de si la ciudad *produce*, o no, *sociedad*, se puede ver Donzelot (2007), y también, sobre la evolución de la ciudad y como ésta refleja los cambios sociales, González Ordovás (2008).

En unas conversaciones entre Zygmunt Bauman y Keith Tester, el primero afirma que la preocupación en la modernidad tiene que ver con alcanzar un destino deseado: un hábitat humano regular, predecible y controlable (Bauman y Tester 2002: 109-10); sin duda que el paisaje urbano al que nos acabamos de referir no hace muy real y cercano ese deseo. Al contrario, sin elementos ni vínculos de referencia nos encontramos absolutamente impotentes ante nuestros miedos. Tal vez los miedos sean los mismos, pero el contexto y las compañías no. En este sentido, de nuevo Bauman, refiriéndose a la incapacidad de controlar los efectos de nuestras propias acciones, recoge esta realidad y dice que habiendo fracasado en la tarea de exorcizar miedos hemos sumado nuevos temores a nuestra lista, y en ella tenemos que «*el más borrendo de los nuevos temores añadidos es el miedo a ser incapaces de impedir o conjurar el hecho mismo de tener miedo*» (Bauman 2007b: 124).

Algo de esto se refleja en *Crash*, esto es, ese miedo incubado en la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro; como también se refleja, en sentido contrario, la importancia de las relaciones humanas y la confianza que en ella se genera para recuperar los necesarios márgenes de certeza y serenidad. Por eso, para acabar, tal vez el ya citado cambio que tiene lugar en Anthony tras su encuentro con Cameron Thayer deja abierta la puerta a pensar en un camino para *exorcizar* los miedos y abrir una nueva forma de relación de nuestras sociedades con su futuro<sup>34</sup>. Un camino que tiene que ver con superar la crisis de confianza, recuperar unos espacios públicos con contenido y acordes con la complejidad de nuestras sociedades, hacer de la libertad algo menos precario y, al final, desactivar la «ventana del miedo» que nos descubre Galeano:

«El hambre desayuna miedo. El miedo al silencio aturde las calles. El miedo amenaza: Si usted ama, tendrá sida. Si fuma, tendrá cáncer. Si respira, tendrá contaminación. Si bebe, tendrá accidentes. Si come, tendrá colesterol. Si habla, tendrá desempleo. Si camina, tendrá violencia. Si piensa, tendrá angustia. Si duda, tendrá locura. Si siente, tendrá soledad» (Galeano 1993: 154).

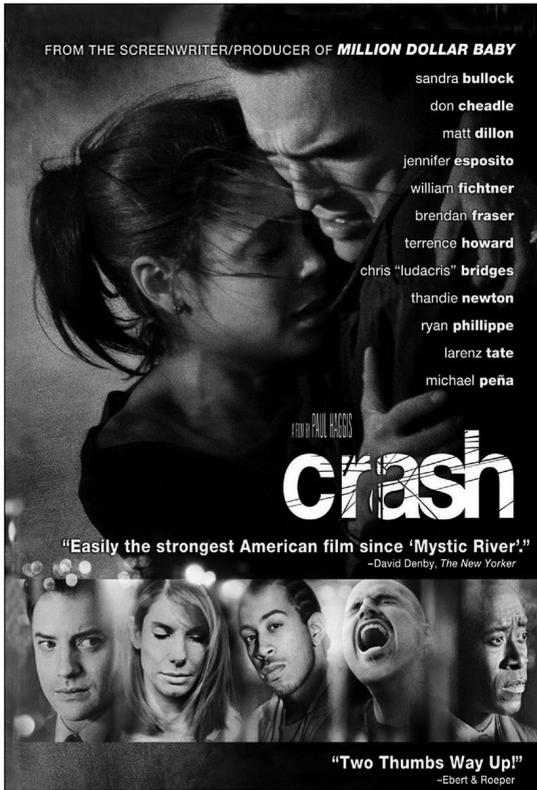
## BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (2001a): *En busca de la política*, trad. M. Rosenberg, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.  
 — (2001b): *La sociedad individualizada*, trad. M<sup>a</sup>. Condor, Madrid: Cátedra.

34. Cfr. al respecto las reflexiones que sobre la conveniencia y necesidad de recuperar el interés social por un futuro con sentido propio aparecen en Innerarity (2009).

- BAUMAN, Z. (2003): *Modernidad líquida*, trad. M. Rosenberg y J. Arrambide, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- (2005): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, trad. P. Hermida, Barcelona: Paidós.
- (2006a): *Europa. Una aventura inacabada*, trad. L. Álvarez-Mayo, Madrid: Losada.
- (2006b): *Vida líquida*, trad. A. Santos, Barcelona: Paidós.
- (2006c): *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, trad. J. Sampere y E. Tudó, Barcelona: Arcadia.
- (2007a): *Tiempos Líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, trad. C. Corral, Barcelona: Tusquets.
- (2007b): *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, A. Santos Mosquera, Barcelona. Paidós.
- BAUMAN, Z. y K. TESTER (2002): *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, trad. A. Roca, Barcelona: Paidós.
- BECK, U. (1997): «La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva», en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, versión española de J. Alborés, Madrid: Alianza Universidad, 13-73.
- (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, trad. J. Navarro y otros, Barcelona: Paidós.
- (1999): *La invención de lo político. Para una teoría de la modernización reflexiva*, trad. I. Merzari, México: Fondo de Cultura Económica.
- (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, trad. B. Moreno, Barcelona: Paidós.
- (2002): *La sociedad del riesgo global*, trad. J. Alborés Rey, Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- (2004): *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, trad. R. S. Carbó, Barcelona: Paidós.
- BECK, U. y E. BECK-GERNSHEIM (2003): *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, trad. B. Moreno, Barcelona: Paidós.
- BERNUZ, M<sup>a</sup> J. (2003): «La percepción de los jóvenes antisociales como grupo de riesgo social», en C. da Agra y Otros (eds.), *La seguridad en la sociedad del riesgo. Un debate abierto*, Barcelona: Atelier, 261-77.
- BOURDIEU, P. (1999): *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, trad. J. Jordá, Barcelona: Anagrama.
- DAVIS, M. (2001): *Más allá de Blade Runner: Control urbano: la ecología del miedo*, Barcelona: Virus Editorial.

- DAVIS, M. (2003): *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*, trad. R. Reig, Madrid: Ediciones Lengua de trapo.
- DELEUZE, G. y F. GUATTARI (1985): *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. F. Monge, Barcelona: Paidós.
- DELUMEAU, J. (1989): *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, trad. M. Armiño y F. Gutiérrez, Madrid: Taurus.
- DONZELOT, J. (2007): «La ciudad de tres velocidades», trad. D. Gil, en VV.AA. *La fragilización de las relaciones sociales*, Madrid: Círculo de Bellas Artes, 21-68.
- GALEANO, E. (1993): *Las palabras andantes*, Madrid: Siglo XXI.
- GIDDENS, A. (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, trad. P. Cifuentes, Madrid: Taurus.
- GONZÁLEZ DURO, E. (2007): *Biografía del miedo. Los temores en la sociedad contemporánea*, Barcelona: Debate.
- GONZÁLEZ ORDOVÁS, M<sup>a</sup> J. (2008): «La voluntad de la forma. La ciudad como espejo. A propósito de las evoluciones o mutaciones sociales», *Revista Aragonesa de Administración Pública* 33, 169-87.
- INNERARITY, D. (2006): *El nuevo espacio público*, Madrid: Espasa Calpe.
- (2009): *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Barcelona: Paidós.
- SEBASTIÁN, L. de (2004): *Pies de barro. La decadencia de los Estados Unidos de América*, Barcelona: Península.
- SUNSTEIN, C.R. (2009): *Leyes de miedo. Más allá del principio de precaución*, trad. VI. Weinstabl y S. M<sup>a</sup> De Hagen, Madrid: Katz Editores.
- SUSÍN BETRÁN, R. (2006): «La revalorización del miedo como instrumento de regulación social. De la inseguridad y otras miserias», en M<sup>a</sup> J. Bernuz y A. Pérez (coords.), *La tensión entre libertad y seguridad. Una aproximación socio-jurídica*, Logroño: Universidad de La Rioja, 123-58.
- WACQUANT, L.J.D. (2001): *Las cárceles de la miseria*, edición a cargo de H. Pons, Madrid: Alianza.



## **CRASH (COLISIÓN)**

TÍTULO ORIGINAL: Crash

AÑO: 2004

NACIONALIDAD: Estados Unidos

DURACIÓN: 100 min.

DIRECCIÓN: Paul Haggis

GUIÓN: Paul Haggis (historia de Paul Haggis y Bobby Moresco)

MÚSICA: Mark Isham

FOTOGRAFÍA: James Muro

INTÉRPRETES: Sandra Bullock, Don Cheadle, Matt Dillon, Jennifer Esposito, William Fichtner, Brendan Fraser, Terrence Howard, Ludacris, Thandie Newton, Ryan Phillippe, Larenz Tate, Shaun Toub, Tony Danza, Keith David, Loretta Devine, Nona M. Gaye

PRODUCTORA: Lions Gate Films